

EL CATEQUISTA

Dirección y Administración:

Muy Ilre. Sr. Arcipreste
de la S. I. C. B.
PALACIO EPISCOPAL

Precios de suscripción:

	Pesetas.
Trimestre.	1,50
Semestre.	3
Año..	5

AÑO II.

Cuenca, 13 de Junio de 1907.

Núm. 24.

Agricultura.

Enmienda de terrenos.

(Conclusión).

Sabido es que el agua en las crecidas arrastra consigo los materiales que encuentra á su paso, y que no oponen tanta resistencia cuanta es la fuerza de la corriente. Muy especialmente arrastra la arena menuda, la sílice ó la cal, las hojas y broza de los campos y montes, el cieno ó légamo, y el polvo y abono de los caminos y pueblos.

Pues bien: de las crecidas del agua, cuando ésta arrastra consigo arena y aun abono y hojas, nos podemos valer para enmendar las tierras demasiado arcillosas. El procedimiento consiste, en sustancia, en poner en comunicación, por medio de uno ó varios cauces, la finca arcillosa con la corriente del agua, y procurar que la arena que ella arrastre se deposite en la superficie de la finca, con el intento de que con las labores preparatorias de la siembra, se mezcle con la arcilla del suelo. Y se repite esta operación hasta que se corrija el defecto de que se trata.

Para conseguir que la arena se deposite sobre el suelo de la finca, se emplea la operación de *entarquinar*, *correntear* ó *enronar*, que todos esos nombres lleva.

Entarquinar (ó entarquiamiento) no es otra cosa que rodear la finca ó heredad con un terraplén ó malecón de tierra de la misma finca ó de su derredor, algo más alto que el terreno interior, y se pone éste en comunicación con la acequia por uno ó varios puntos, escogidos de tal manera, que el agua pueda correr por la heredad y quedar en ella embalsada hasta que la arena se deposite. Una vez conseguido esto, se da salida al agua por la parte más baja de la finca, y en ella por la más alta del terraplén, profundizando poco á poco el punto de salida para que el agua no corra con violencia ni se lleve consigo la arena.

Cuando la finca no está muy pendiente basta hacer un terra-

plén que la rodee toda. Mas, cuando la pendiente es algo marcada, hay necesidad de hacer varios terraplenes, paralelos al superior y al inferior de la heredad, ó, mejor dicho, perpendiculares á la dirección de la pendiente, más ó menos próximos entre sí, según que la pendiente sea mayor ó menor, y se hace entrar el agua en cada uno de ellos hasta que deje allí depositada la arena en la forma explicada.

Terrenos arenosos ó silíceos. Estos terrenos que, por el exceso de arena, son demasiado sueltos, flojos, poco consistentes y que retienen muy pequeña cantidad de agua, se enmiendan por análogos procedimientos que los arcillosos; pero con elementos del todo contrarios en su mayoría. Así pues:

1.º Si el subsuelo es arcilloso se podrá enmendar con él el silíceo con labores profundas y continuadas. Porque con ellas la arcilla del subsuelo sube hacia arriba y se mezcla con la arena; con lo cual se consigue dar al suelo activo mayor consistencia y tenacidad; que esas son las propiedades principales que le hacían falta. Lo mismo se procederá si el subsuelo tiene marga y yeso.

2.º También se enmiendan los terrenos arenosos por la adición de estiércol, de materias vegetales, como hojas, forrajes verdes, y de materias animales. Pues estas cosas son buenas para enmendar todos los terrenos.

3.º Pradeando la tierra, regándola, si hay agua, con abundancia, y roturándola después. Con esto, las raíces de la yerba y el material que arrastró el agua de riego, prestan mucha consistencia al terreno arenoso.

4.º Importando en la finca, ya por medio de la tracción animal, ya por conducto del agua, la arcilla, marga ú otros elementos necesarios para infundir en el suelo silíceo la debida consistencia é higroscoposidad.

De estos dos procedimientos sólo hace falta explicar el 2.º Este procedimiento del agua, llamado *entarquinamiento*, es idéntico en sustancia al aplicado á los terrenos arcillosos; pero se distingue en accidentes muy interesantes para el fin que nos proponemos.

Es necesario que el agua lleve á la finca, no sílice, sinó arcilla, barro ó légamo. Y, dado caso que el agua, en su corriente de aluvión, suele arrastrar, bien arena, bien arcilla, es indispensable evitar que aquélla entre en la finca.

Para ello basta hacer que la acequia tenga poca corriente en la parte cercana á la heredad, ó hacer que haga rebalsa antes de entrar en ella. Porque la arena, que es más pesada que el agua, se deposita en el fondo cuando la corriente lleva poca fuerza.

De esta manera entrarán en la finca el agua y el légamo, cieno ó arcilla. Y, para conseguir que estos elementos útiles queden dentro de la heredad, ó del entarquinamiento, se practica el orificio ú orificios que hayan de dar salida al agua en la parte más

baja del malecón ó caballete, ó en las más próximas al terreno de la heredad. Así, al salir el agua no arrastra consigo el lodo ó lé-gamo que está flotando. Para conseguir mejor este efecto no conviene dejar que salga toda el agua, sinó que quede algo en la tierra y que allí se evapore.

5.º Por último, diremos que, para enmendar estos terrenos, son buenos los superfosfatos de huesos; pues cuando los terrenos arenosos son pobres de *humus*, como suele ordinariamente suceder, siempre produce buen resultado el empleo de esos superfosfatos, como explicaremos después al hablar de los abonos.

Terrenos calcáreos. Son los que tienen exceso de cal; y se conocen por su color, ordinariamente blanquecino. De suyo son muy estériles, demasiado ligeros y embeben agua con exceso. De esta propiedad y de no penetrar en él el calor, á causa de ser reflejado por el color blanco, nace el que tales terrenos sean excesivamente fríos.

Enmiéndanse estos terrenos mezclándolos con arcilla y con sílice; para lo cual se pueden emplear análogos procedimientos que en los casos anteriores.

Terrenos humíferos. La excesiva cantidad de *humus* ó mantillo (más del 10 por 100) hace que tales terrenos sean demasiado húmedos, fríos, esponjosos y ácidos, por lo cual, las plantas que en ellos crecen tienen demasiada agua y son sus frutos de sabor agrio.

Enmiéndanse estos terrenos arándolos profundamente á lo largo y á lo ancho, con lo cual se consigue orearlos.

También les es beneficioso esparcir sobre ellos grande cantidad de cal viva, y enterrarla pronto: operación que no puede hacerse en la época de la siembra, pues la cal dañaría á la simiente, sinó dos ó tres meses antes.

Se enmiendan, por fin, estos terrenos, abonándolos con escorias Thomas, siempre que contengan bastante cal, y con yeso, el cual tiene la virtud de desligar de la materia orgánica los principios nutritivos, y de apresurar la combustión de aquélla.

Terrenos salitrosos. Se enmiendan estos terrenos con abundantes riegos, con los cuales se disuelve la sal, y es arrastrada por el agua á las capas inferiores. Sirveles también de enmienda la añadición de materias insalobres: cosa que puede realizarse por los procedimientos anteriormente dichos.

Terrenos excesivamente cálidos. Si esta propiedad les proviene de la tierra negra, que absorbe el calor, se enmiendan con añadirles tierra blanca; y si proviene de la mucha segura, se enmiendan con los riegos.

Los terrenos fríos, por el contrario, cuando la frialdad proviene de la tierra blanca, se enmiendan con tierra negra; y, si proviene del exceso de humedad, se enmiendan con la apertura de zanjas en número suficiente, de lo cual hablaremos al tratar del saneamiento.

Sator.

UN DÍA EN LA TRAPA

Al Sr. D. José Canalejas y Méndez.

Mi respetable amigo y jefe: Permítame Ud. que, para enseñanza y advertencia de los pocos correligionarios que nos quedan, le dedique este artículo.

Más merecen el asunto y Ud.: pero yo no he sabido hacerlo mejor. Así como Tartarín de Tarascón era mitad *Quijote* y mitad *Sancho*, así yo (y conmigo casi todos los canalejistas), somos mitad católicos y mitad anticlericales. Debo yo lo primero (que es lo mejor) á mi bendita madre (que en gloria esté), y debo lo segundo á las predicaciones de Morote, á quien no puedo llamar bendito, ni mucho menos.

He oído decir á Ud. que estas ideas son perfectamente compatibles; pero Ud. sabe mejor que yo que las luchas entre el *yo* católico y el *yo* anticlerical nos han llevado á hacer muchísimas cosas extrañas... y una de ellas fué el haber ido el domingo pasado á visitar el Convento de la Virgen de la Trapa, que se halla enclavado á orillas del Manzanares, en el término municipal de Getafe, en medio de una gran explotación agrícola equidistante de Vallecas y de la próxima estación de Villaverde.

Como no conocía á nadie en el convento, y veo que el título de canalejista va sirviendo cada vez menos para franquear entradas, acudí á mi querido amigo D. Francisco González Rojas (no le confunda Ud. con el de enfrente), que es un excelente abogado de esta corte y que, por ser conocido clerical, tiene vara alta en casi todos los conventos españoles.

A cosa de siete kilómetros de la estación de Villaverde se hallan los límites de la Trapa, que antiguamente se llamaba *La Aldehueta* (ahora religiosamente se llama Val de San José), y lo primero que me chocó fué ver á la entrada una gran cruz de madera, igual á otra que sobre unas colinas á lo lejos se divisaba.

Yo pensé que aquello sería un vano alarde de clericalismo, pero González Rojas me dijo que aquello significaba el triunfo de la caridad y de la justicia en arte de labrar... los latifundios.

Vi el canal de riego de la posesión, que se nutre con agua del Manzanares; pasé por delante de la casa de máquinas que fray Angel ha instalado y dirige; recorrí el campo de secano y regadío que con esmero, constancia y cuidado labran (en los días de

labor) los mismos frailes Trapenses, y hasta me dieron ganas de rezar un *Padrenuestro* delante de una hermosa estatua de San José que hay en medio del campo, rodeada de una bonita y original cerca de cañas.

Llegamos al convento y aquello me pareció un inmenso cementerio... de vivos. Tal era *el silencio* que por todas partes se oía.

Pero luego llegó un hermano vestido de tosco sayal, y, contra lo que yo esperaba, nos habló muy cariñosamente y nos condujo á la capilla, en donde se ofreció á mi vista un espectáculo subversivo.

¡Unos 40 hombres, todos con hábitos de fraile, cantaban tercia!

¡Parece mentira que, en el siglo de las luces, en un Estado europeo, á las puertas de Madrid, donde fructifican lozanas la mentalidad de Ud. y de Morote, haya hombres que gasten cerquillo y cogulla cantando... un trágala á nuestras ideas de libertad, progreso y europeización!

A punto estuve de volverme á Madrid y denunciar el hecho en los diarios del *trust*; pero una razón de cortesía y un poco de curiosidad me detuvieron.

Acto seguido comenzó la misa, que, á fuer de buen católico, oí con devoción. ¡Allí es imposible oírla de otro modo!....

El fervor de los Trapenses, «que no abren su boca sino para alabar á Dios»; la soledad, la cadencia del canto gregoriano y la sencillez conmovedora de la liturgia de aquellos hombres excepcionales, me transportaron media hora á un mundo que apenas conozco y que, sin duda alguna, es superior al que Ud. y yo conocemos.

El momento de la consagración fué solemne en extremo. Cesó el padre organista de tocar el *armonium*, toda la Comunidad se postró en tierra, y sin que sonase campanilla alguna, se elevó en medio de solemnisimo é ilimitado silencio la Hostia que un fraile Trapense acababa de consagrar.

Terminada la misa, admiré los hermosísimos libros corales, y el padre Pablo Gil nos condujo al refectorio para ver comer á los monjes. El *menú* era una cortísima ración de sopas de ajo y otra ración de judías.

—Y ¿siempre comen lo mismo?

—Casi lo mismo—me dijeron,—porque nosotros no podemos comer carne ni pescado, sino legumbres y verduras. Ni siquiera podemos comer huevos, excepto en caso de enfermedad.

—Y ¿con un kilo diario de alimento de esta clase, con este *mínimum* de alimentación, viven Udes., están tan robustos y pueden dedicarse al trabajo del campo?

—Sí, señor.

—Pero ¿esto es incomprensible!

—En efecto, hay muchas cosas en el mundo de la gracia tan ciertas como ésta é igualmente incomprensibles.

También comimos nosotros sopas de ajo y judías y algo más

que añadió la próspera amabilidad del padre prior; pero lo tomamos en el comedor de la hospedería.

Visitamos luego el cementerio, donde hay siempre una sepultura abierta por los mismos frailes; y aunque el hecho es mudo, tiene más elocuencia que todos los discursos de usted.

A todo esto la única campana del convento tocaba á cada paso á rezar. Yo he llegado á creer que los Trapenses no comen ni duermen, pues parece que no hacen más que trabajar y rezar.

Se levantan, en todo tiempo, á las dos de la madrugada, rezan ó meditan (aunque sea al aire libre) nueve horas diarias, trabajan en el campo cinco horas, y gastan, por junto, media hora en comer.

Dígame usted si después de ver esto es justo que llamemos á los frailes holgazanes y «mano muerta».

Ya quisiéramos usted y yo que todos los españoles tuviéramos algo de Trapenses.

Visité también los dormitorios.

Los Trapenses no pueden dormir en colchones: duermen sobre un jergón.

Y es de ver cómo en aquel pobrísimo ajuar se hermanan la escasez y la limpieza.

En la sala de visita de la hospedería vi el retrato de una señora, y me chocó, porque allí no hay rastro alguno de mujer. Todos los oficios domésticos corren á cargo de los «conversos».

Notaron mi extrañeza los amables acompañantes y me dijeron que aquel retrato y otro de caballero que había enfrente, correspondían á los señores de Tabernerero, ricos hacendados de Salamanca que hará quince ó diez y seis años cedieron la posesión á los Trapenses; pero lo más estupendo es que dichos señores, cansados del mundo y de sus vanidades, decidieron dejar sus bienes y hacer vida religiosa; y él es hoy lego en el convento de San Ignacio de Loyola de Azpeitia, y ella monja Salesa en un convento de Vitoria.

Con este motivo, González Rojas me explicó el origen de los monjes de Occidente, de la admirable Regla de San Benito, ó sea, «la antorcha del desierto»; de la reforma de Cister, de San Bernardo, y de otras muchas curiosidades históricas; pero ¡buenos estamos nosotros los canalejistas para aprenderlas! ¡Nosotros, que hemos tratado de cortar la historia de las Órdenes religiosas en España!

De tan eruditas explicaciones sólo saqué en limpio que el nombre oficial de los religiosos Trapenses es el de Cistercienses reformados.

—Y esta finca ¿produce?, pregunté al padre prior.

—De ella vivimos; pero cuesta mucho hacerla producir y no podemos ahorrar para hacer iglesia ni convento.

En efecto, los religiosos Trapenses viven en una destartada casa de labor, y para la iglesia no tienen más que el solar y el

hueco de los cimientos. Necesitan unos veinte mil duros para las obras, pero los tendrán.

El primer ricacho de corazón que vea lo que allí se hace, se los dará.

Yo mismo, si los tuviera, se los daría inmediatamente.

Y yo creo que Ud., á pesar de su rabioso anticlericalismo, se los daría también.

En el convento de la Trapa es imposible ser anticlerical.

La supresión de un convento me ha parecido siempre (aunque soy canalejista) una barbaridad; la supresión de un convento de Trapenses me parecía hoy triple barbaridad.

Lo que se da mejor en la Trapa son los tomates y los pimientos, que se dedican á conserva.

También produce aquel terreno vino en abundancia, del cual se consume en Madrid gran cantidad para celebrar.

Los principales preceptos negativos de los Trapenses son el silencio y el ayuno.

En lo indispensable se entienden por señas, y se saludan con una inclinación de cabeza.

El «morir tenemos» es un error que vulgarizó Chateaubriand en una de sus obras.

Usted habrá leído las novelas de Herculano. No crea usted nada de lo que allí se dice de los monjes blancos. Aquello no pasa de ser una sarta de calumnias literariamente dichas.

Los monjes Cistercienses tienen virtudes, cuyo perfume no llegó jamás á las narices de Herculano.

A la caída de la tarde comenzó á llover, y cuando yo iba á lamentarme del fenómeno, oí al padre prior que se alegraba de ello, porque así se salvaría la comprometida cosecha.

Y no es esta la única contradicción que allí he observado entre la conducta de aquellos frailes y la nuestra.

Ellos callan y nosotros hablamos demasiado; ellos rezan y nosotros leemos el *Heraldo*; ellos trabajan y nosotros consumimos; ellos viven apartados del mundo y nosotros cada vez nos metemos más en su torbellino.

Mucho falta que decir, pero en la Trapa hay tanto que admirar, que no queda tiempo para otra cosa.

Si quiere Ud. admirarlo como yo, vaya Ud. allí; le acompañará con gusto su afectísimo amigo, q. l. b. l. m.,

Un canalejista clerical.

Metralia

Allá va una metralia que no es metralia, como diría Campoamor.

Por arte de encantamiento se ha convertido en *fuegos fatuos*. Porque ahora resulta que lo que *Quisque* dijo en *El Progreso Conquense* de unas damas que se habían reído de dos sabias extranjeras, es pura fantasmagoría.

Pues, según nuestras noticias, ulteriores á la penúltima «Metralla», las damas conquenses no se rieron ni echaron *pullas* á las de los científicos artefactos. Se rieron del vestido de una de las damas (conquenses, ¿eh?), que era parecido, en lo largo, al de las forasteras.

Tuvo, pues, mal olfato el señor *Quisque*. Y lo sentimos por él; porque tenemos que retirarles todos los encomios que dirigíamos á la perspicacia de sus sentidos y de su cerebro.

Y también resulta que las señoras extranjeras no iban solas, sinó acompañadas de un caballero, cosa que hace cambiar en mucho la escena, y nos obliga á retirar las frases con que juzgábamos el hecho de andar mujeres solas por países extranjeros. Bien entendido que esto lo decíamos fundados tan sólo en lo que escribió el articulista de *El Progreso*; y además nosotros no nos referíamos á personas determinadas, sinó solamente al hecho en sí considerado.



Hechas estas advertencias, por las que nuestros lectores podrán estar serenos en medio del estampido de las granadas, pues en vez de metralla dispararán sonajas, como las nubes de verano, pasamos, por cortesía, para que él no nos trate de groseros, á contestar á su último artículo.

Dícenos que faltamos (en nuestra penúltima «Metralla») «á todas las reglas de cortesía, de urbanidad y de caballerosidad».

¡Pero, hombre de Dios! ¿De veras hemos faltado á todas esas reglas? ¿Sabrá Ud. decirnos cuáles y cuántas son, y en qué, y en dónde, y cuándo faltamos á todas? ¡Porque ya es faltar!

Hemos releído nuestro artículo y no hallamos en él nada de lo que dice, con tanto desenfado, aunque muy enfadado, el *Quisque* de *El Progreso*. Sólo esta expresión que allí pusimos—una bomba contra el sentido común—podría ser algo mortificante para nuestro adversario. Mas por el contexto se comprende que la palabra *sentido común*, no es el sentido llamado común en la Lógica, sinó el consentimiento del género humano en su mayoría. Y tal expresión no puede ser mortificante para nadie, ni menos se podrá decir que con ella se falta á todas las reglas de *urbanidad, cortesía y caballerosidad*.

Siempre hemos creído que es cosa urbana, cortés y propia de caballeros, salir á la defensa de las damas. Dígalo nuestro Don Quijote.



Quiere darnos nuestro contrinca una lección de Lógica porque

extendemos á todas las damas españolas lo que él dijo de sólo un grupo.

Ciertamente que tendría sobrada razón si nosotros habiéramos cometido esa falacia del tránsito indebido de lo particular á lo universal: falacia que con harta frecuencia é injusticia comete contra el clero la prensa liberal; pero nosotros, afortunadamente, no caímos en ese error.

Hubiérase contentado el escritor de *El Progreso* con relatar el hecho, y aun con criticarlo rectamente, y nada le hubiéramos dicho. Pues á nosotros tampoco nos gustaría que nuestras damas se rieran de las forasteras.

Pero el señor *Quisque* ha universalizado por su cuenta, hablando del uso de las mantillas en parangón con el de los artefactos científicos, y diciendo que de las instituciones liberales brota la idea luminosa de la emancipación del entendimiento, aun del de la mujer, y afirmando, por fin, que era obra del pasado siglo el reconocimiento de la inteligencia femenil: cuyas cosas son todas tesis universales, ó que pueden pasar como tales, y contra esas iba nuestro bromístico razonamiento.

Con gusto recibiríamos de cualquier escritor de *El Progreso* lecciones de Lógica, de cortesía y de urbanidad; pues nuestro más arraigado deseo es el de progresar en la ciencia sin descanso; pero se nos antoja que todavía no es tiempo de que dé peras el olmo, ni de mandar hierro para Bilbao.



En donde reconocemos gustosos nuestra inferioridad es en la inteligencia de ciertas frases que no sé si en los labios de *Quisque* son puramente gramaticales, ó, además, fisiológicas ó psíquicas.

Porque nosotros hablamos de *atisbos*, ojo certero, buen olfato, comprensión, etc., entiende nuestro contrinca, y así nos lo echa en cara muy serio y muy orgulloso de su victoria, que barajamos el uso de los sentidos entre sí, y el de éstos con el del entendimiento, y por eso nos da el siguiente varapalo.



«¡Cuidado, nos dice, que es ser gracioso comprender con las narices, averiguar oliendo y oír olfateando! Debe Ud. pensar, sentir y querer con las narices».

¡Tableau! ¡Sobresaliente en gramática, en fisiología y en psicología! Porque hasta ahora no sabíamos que las narices, material y formalmente hablando, ó sea, en el sentido literal y fisiológico, servían únicamente para oler. Y, entre paréntesis, oler es sentir, ¿eh? De modo que con las narices también sentimos; conste así.

Pero ¿no sabe nuestro ilustre contrinca que en todas las lenguas, pero muy especialmente en la nuestra, están admitidas esas traslaciones de los nombres de las acciones de un sentido á las de otros, y de los de las de los sentidos al entendimiento, y recíprocamente? Y ¿no sabe, además, que en los grandes adelan-

tos de la psicología experimental y del hipnotismo, se ha llegado, según cuentan ciertos libros, á *oir los colores* y á *ver los sonidos*? ¡Vaya, qué atrasado anda de noticias el que tanta idea luminosa vierte para nuestras damas!

¿Cómo podríamos hablar del orden intelectual si no fuera por la analogía con el sensible, y por el traslado que hacemos al primero de los nombres del segundo? ¿No ha oído el señor *Quisque* hablar de luz intelectual, de discurso, de imágenes espirituales, de comparación, penetración, etc., etc...? Pues todas esas palabras son tomadas del orden sensible y trasladadas, por analogía ó parecido, al orden intelectual.

Y ¿no ha conocido que tener buenas narices, buen olfato, buen oído, buena vista, son, metafóricamente consideradas, frases equivalentes á tener buena penetración, mucha sutileza en sus conjeturas, grande previsión de los acontecimientos, etc., etc...?

Pues, si sabe esto, como es claro que lo sabe, el señor *Quisque*, ¿á qué viene el querer darnos una lección de fisiología? Ha sido sencillamente cogerse los dedos entre la puerta, (hablamos en metáfora, ¿eh?)

Además, que dicen los lógicos, y esto sí que tal vez no lo sepa el señor *Quisque*, que hay cosas sensibles *per se*, y cosas sensibles *per accidens*; así como hay cosas inteligibles *per accidens* y cosas inteligibles *per se*; y prueba de ello es lo que él mismo dice de su olfato, que le sirve de *centinela avanzado del estómago, á fin de no ingerir ciertas cosas... indigestas*. ¿Cree usted que eso de conocer si las cosas son indigestas ó no, es *per se* propio del olfato? Pues, si lo cree, se engaña lógica y fisiológicamente. El olfato sólo percibe *per se* los olores; las cualidades digestibles son percibidas por el instinto, por la estimativa y por la razón, según los casos. Ya ve Ud. cómo ni siquiera en esto puede ser nuestro maestro, á pesar de nuestra mucha ignorancia.



Porque nosotros dijimos que la *mantilla* era un *artefacto*, y que podría ser tan *científico* como los artefactos ingleses, nos pregunta nuestro contrinca: «¿Dónde, en qué capítulo de la ciencia del señor *Granada*, se encuentra la mantilla incluida como un sistema, medio, procedimiento ó accesorio para el descubrimiento de la verdad, fin de la ciencia? ¿Por qué es un artefacto? ¿De Algebra, de Física, ó de ciencia tauromática?»

En esto, casi casi estamos por pasarnos al lado del señor *Quisque*. Porque va resultando oportuno, y hasta gracioso.



Pero, ¿cuándo dijimos nosotros expresamente que la mantilla fuera un *artefacto científico*? Lo que hicimos fué preguntar si no podría ser tan científico como los artefactos de que iban provistas las señoras forasteras; con lo cual quisimos dar á entender, y bien claramente se veía, que así como la mantilla no era cosa

formalmente científica, bien pudiera ser que tampoco los otros artefactos lo fueran.

Por lo demás, que es la mantilla un artefacto, ¿quién lo duda? Artefacto, como lo dice su nombre, es un objeto corpóreo, efecto de un arte cualquiera, y la mantilla es un objeto corpóreo producido por el arte testoria. Y ¡vaya si hay mantillas bien *guapas*, que no sólo son artefactos, sino verdaderas joyas artísticas!



Y ahora se nos antoja preguntar al Sr. *Quisque*, para que no todo sea responder. ¿Ha visto algún aparato que sea *un sistema para el descubrimiento de la verdad*? Porque ¡este sí que sería descubrimiento colosal! ¡Ni el de la telegrafía sin hilos!

¿Ha visto en Algebra algún aparato para despejar las incógnitas, ó para desarrollar el Binomio de Newton y el cálculo infinitesimal? Porque yo, ¡pobre de mí!, nunca he visto más que el encerado y el yeso.



Dícenos también que somos adivinos porque sospechamos que las damas de Cuenca *llevarían* devocionarios al salir del templo. ¡Pero, hombre, para eso no hace falta ser adivino! ¡Si eso es cosa corriente y moliente: eso lo hacen casi siempre nuestras damas!



Por último, se enfada el articulista con nosotros y trata de exponernos á la pública vergüenza porque llamamos *Marimachos* á las mujeres que andan solas por los cerros de naciones extranjeras.

Pues ya puede escandalizarse todo lo que quiera; que nosotros no retiramos ni una letra. Y no la retiramos, porque no creemos que en ellas haya el menor insulto personal para nadie, ni siquiera para las forasteras del cuento. Porque no hablamos aquí de personas determinadas, ya que nosotros no conocemos á ninguna de las aludidas por *El Progreso*: nosotros sólo nos referimos al acto en sí mismo. Y en este sentido no es un insulto la palabra *Marimacho*, y menos en España. Porque *Marimacho* significa, y en ese sentido lo empleamos nosotros, significa, digo, según el diccionario, *Mujer, en cuerpo, ó acciones, parecida á un hombre*.

Ahora bien: ¿No son acciones propias de hombres, sobre todo en España, donde, según *El Progreso*, está la mujer por emancipar, esas excursiones con *artefactos científicos* por países extranjeros? Si el Sr. *Quisque* tuviera hermanas ó esposa ¿se atrevería á dejarlas andar solas en esa forma? ¡Pero si aquí, entre nosotros, ni siquiera para ir de una casa á otra en la misma calle, suelen ir solas nuestras damas!



Termino, pues, declarando que no empleamos la palabra *Quisque* como palabra de insulto, cual se figura el articulista. Pues

¿no se firma él con ella? ¿Cómo quiere que le llamemos? ¿Nos podrá parecer mal á nosotros porque nos llamen *Granada*? ¿Qué cosas se ven!



En toda la corta vida de nuestro humilde semanario no sabemos que hayamos insultado á nadie, ni Dios lo permita. Atacamos el error con formas más ó menos atrevidas y satíricas; pero eso á ningún periodista, por muy bisoño que sea, cual lo somos nosotros, le puede parecer mal.

El periodista, sin que esté autorizado para faltar á la cortesía, se mueve en una atmósfera de mayor libertad de expresión que el que conversa ó disputa cara á cara con otras personas. Lo que dicho cara á cara sería una grosería, y quizá un insulto, no siempre se puede juzgar como tal en las columnas de un periódico. Y, sobre todo, jamás se pueden tomar como insulto personal ciertas expresiones empleadas en la polémica; máxime si es con pseudónimos. ¡Cuántas veces sucede que los que en las lides periodísticas se tratan con la acritud de adversarios, son íntimos amigos personales!

Y ¿quién sabe, en nuestro caso, si *Quisque* será íntimo de

Granada?



Postdata. Después de escrito lo anterior, leemos en el número 4.693 de *El Progreso*, que no volverá á aceptar polémica alguna con *El Correo Católico* y *EL CATEQUISTA*; porque sería para él perder el tiempo: ya que, según afirma, «no quiere renegar á (será *de?*) su historia y convicciones». Hace bien el apreciable colega. Pero nosotros le prometemos no dejarle de la mano siempre que desbarre contra la religión católica. Ya lo sabe.

Y jamás le diremos nada por sus opiniones puramente políticas; y hasta le alabaremos y secundaremos en todo lo que sea para bien de nuestra región y de nuestra patria.

Por lo demás ya sabíamos de antemano que *El Progreso* no aceptaría polémica alguna en materias religiosas: porque tal es la táctica de la prensa liberal, que sabe que en ese terreno no puede sostener sus afirmaciones.

Mas, aunque no quiere polémicas, ¿qué apostamos á que no deja de meter la *pata* (*venia verbo*), como suele decirse, en asuntos eclesiásticos? ¿Si en el mismo artículo á que nos referimos dice en sustancia que la Iglesia católica es reaccionaria y enemiga de la libertad y del progreso!

¡No, hombre, no! Por lo que ha dicho la prensa católica, la llamada por usted *buena prensa*, queda puesto en completa evidencia que la Iglesia es la verdadera fuente, á la vez que la poseedora de la libertad y el progreso verdaderos; y que la prensa mala, ni sabe lo que es la Iglesia, ni lo que son libertad y progre-

so legítimos. Aquélla camina recta hacia la perfección de los pueblos; ésta va tirando hacia atrás.
Es cosa del todo demostrada.

El mismo.

*
**

Un andaluz muy guasón,
con el vecino de enfrente
tuvo el diálogo siguiente
que oí desde mi balcón.

Escúcheme usted, García,
y sabrá en un santiamén
lo que ayer le pasó al tren
correo de Andalucía.

Tomé yo el tren en Granada,
y en él monté muy contento,
porque iba á ver el portento
de la villa coronada.

Partimos sin novedad,
y á cien metros del andén
noté que marchaba el tren
con mucha dificultad.

De manera aterradora
notamos que el tren cruja,
¡con el peso no podía
la pobre locomotora!

El maquinista intentaba
forzar la marcha, y más bien
parecía que del trén
la pesadez aumentaba.

Era una guasa completa
lo que al tren le sucedía.
Le digo á usted que traía
el paso de una carreta.

Y aquel modo de bufar
la máquina; sin poder
hacer al convoy correr,
tanto nos llegó á inquietar,
que (no es farsa mi relato)
los viajeros nos tuvimos
que apear, y nos pusimos
á empujar al tren un rato.

Pero, nada, ni por esas:
se hizo un esfuerzo horroroso...
¡y cada vez más premioso
el tren sobre las traviesas!

—¿Acaso traía exceso
de carruajes y furgones?

— ¡Ca! No, señor, seis vagones y los seis con poco peso.

Venía sola en primera la viuda de un comandante; en segunda un fabricante de Flatas, y yo en tercera.

Unos cuantos lugareños dormían en *mi* vagón, y atrás venía un furgón con varios bultos pequeños.

—¿Entonces, el tren, por qué apenas andar podía, si el furgón sólo traía la carga que dice usté?

—Porque traía, además, entre líos y trebejos, una cesta de cangrejos que iban andando hacia atrás.

Pérez Zúñiga.

Noticias.

DE CUENCA

Talleres de Santa Rita. El pasado domingo, á las cinco de la tarde, tuvo lugar en una sala de la Diputación, el reparto á los pobres de las ropas confeccionadas en los *Talleres de Santa Rita*.

El acto resultó brillante y conmovedor á la par. Brillante, porque á él concurrieron las señoras y señoritas del Roperero, con su director, el Sr. Magistral; y porque fué presidido por nuestro Excelentísimo Prelado, el cual tenía á su derecha á la señora Vicepresidenta, D.^a Asunción de Zea, y á su izquierda al Sr. Gobernador civil. Conmovedor, porque se aparecían allí la caridad del rico y la laboriosidad de las señoritas, tendiendo su compasiva mano al mendigo haraposo y ofreciéndole con qué cubrir su desnudez.

Hízose el reparto con orden perfectísimo, y se socorrieron con prendas de vestir y de cama á más de 140 pobres, sin contar los socorridos durante el año, que pasan de 40. Por eso vimos que, en el poco tiempo de existencia que tiene en esta ciudad tan hermosa y laudable institución, lleva repartidos muy cerca de 1.000 recados de vestir y de cama.

Nuestro Sr. Obispo, con su habitual gracejo y amabilidad, dirigió á las damas del Roperero y á su digno director palabras de merecida alabanza; les animó á continuar sin desmayo la obra

comenzada y les pidió una oración por el Rvdo. P. Font, fundador de los Talleres, y que se halla gravemente enfermo. El señor Magistral se hizo eco, en elocuentes frases, de los deseos del Prelado, y, en nombre de sus dirigidas, prometió secundarlos animosamente, así como aseguró que todas las socias pedirían por la salud del piadoso fundador.

Por último, el Sr. Gobernador civil pronunció breves, pero entusiastas palabras enalteciendo la caridad y la belleza, unidas armónicamente en aquel local.

La señora Presidenta, D.^a Josefa Cobo, por reciente desgracia de familia, no pudo asistir.

Allí vimos también á los señores Canónigos Sanahuja y Penitenciario, al Párroco de San Esteban y al Mayordomo del señor Obispo.

Por nuestra parte no tenemos sinó alabanzas para una institución tan caritativa y tan eminentemente social, y para las señoras, señoritas y socios, tanto activos como honorarios, que con sus trabajos y con sus limosnas sostienen la institución de los *Talleres de Santa Rita*.

El lunes 10 falleció, después de corta enfermedad, el joven Canónigo de esta S. I. Catedral, D. José Nogueiro. El Señor le haya acogido en su seno.

Con motivo del proceso de Nakens por encubridor del anarquista Morral, dice la prensa liberal cosas inauditas é inaudibles. Podría pasar que se defendiera á Nakens por cierto espíritu de compasión y caballerosidad, de que dió pruebas, si bien con mala inteligencia de lo que son esas virtudes cívicas; pero que se quiera exagerar tanto al director de *El Motín*, llegando hasta compararlo con Jesucristo y con los héroes del cristianismo, eso ya pasa de castaño oscuro.

Nuestro colega *El Progreso Conquense* echa también su cuarto á espadas en tal materia. Como no nos es posible, en este número de EL CATEQUISTA, examinar lo por aquél escrito, tenemos que contentarnos con trasladar un trozo para meditación y solaz de nuestros lectores, que ciertamente tiene materia para todo. Es un verdadero rompecabezas: un jeroglífico religioso-moral-gramatical-lógico y filosófico. Allá va.

«Cristo y Mahoma, en la antigüedad; Tolstoy, en lo moderno, fueron y son pensadores del altruismo innegable, á quienes debiera imitar la humanidad entera, y, ellos, con la rectitud de la conciencia libre, los hermosos ejemplos de justicia que hoy parecen olvidados por el temor del tilde de antimonarquismo en unos por el deseo de representar siempre severa á la diosa Shemis; en otros, por apatía é indiferencia; en los más, ante un proceso que persigue un castigo ya realizado y del cual depende nuestra fama de nación constituida en la moderna pauta de lógica y justicia».

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

Hagan ustedes lo que los gramáticos al traducir trozos de latín. Pongan primero el orden, si les es posible; analicen después las oraciones; y, finalmente, traduzcan, si es que eso es traduce. Luego, mediten: *Jesucristo... Mahoma... Tolstoy...*

DE ESPAÑA

Está ya constituido el Parlamento, y en la Cámara del Senado ha pronunciado un valiente y razonado discurso el Sr. Obispo de Madrid, defendiendo el derecho de los católicos á intervenir en las elecciones y la gestión del Episcopado y del Clero en las elecciones últimas. Fué muy aplaudido por la mayoría y de gran efecto en el público que lo ha leído en la prensa.

El ex-Ministro, Sr. Dávila, aunque quejoso, pero sin razón, de la conducta de algún Prelado y clérigo, se ha visto obligado á confesar que es y ha sido siempre católico, y que le duele que los Sres. Obispos lancen excomuniones contra los políticos de ciertas tendencias. Algo se ha conseguido.

El partido integrista, en una Asamblea celebrada estos días en Madrid, ha elegido un directorio supremo compuesto por los señores siguientes: D. Juan Olazábal, Diputado provincial de Guipúzcoa, Presidente; Vicepresidentes, D. José Sánchez Marco, Diputado á Cortes por Pamplona, y D. Benito Guinea, Diputado provincial por Alava. Vocales son el Conde de Casa Ulloa y don Juan Lamaniá de Clairac. Se proclamó por órgano superior del partido *El Siglo Futuro* y se convino en seguir el credo político que profesaba el Sr. Necedal.

DEL EXTRANJERO

El Japón. Sigue en California la persecución contra los japoneses. En vista de ello, el partido progresista del Japón ha presentado al Parlamento una proposición en que se declara al Gobierno yanqui responsable de los atentados antijaponeses; y que, de no obtener contestación satisfactoria por la vía diplomática, debe tomarse por las armas.

Francia. La cuestión vinícola del Mediodía de Francia va á dar al Gobierno muy malos ratos. Por tardar el Ministerio en atender las quejas de los agricultores, y porque no les satisfacen los proyectos presentados en la Cámara de Diputados, han presentado la dimisión de sus cargos los Ayuntamientos de algunas ciudades.

SUMARIO: Agricultura.—Un día en la Trapa.—Metralla.—Noticias.